

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Alberto Pla y Rubio.)



—¡Tengo primera medalla!
Esto se llama en mi tierra
ganar una gran batalla
aun antes de ir A la guerra.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Mi panadizo!, por Fiacro Yráyoz.—Un bombito más, por José Jackson Veyán.—Rebañadoras, por Juan Pérez Zúñiga.—El centinela, por Sinesio Delgado.—Paliq, por Clarín.—Separación eterna, por Ricardo Catarineu.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas (Alberto Pla y Rubio).—Los peritos (cuatro viñetas).—El centinela (dos viñetas).—Los amores de Alfredo (seis viñetas), por Cilla.



DE TODO UN POCO

—¡Yo no sé cómo hay quien sale de Madrid en verano; ¡Si aquí lo pasa uno muy bien!

Esto dicen algunas personas, y puede que lo digan de corazón, porque yo las veo por ahí tan satisfechas, abriendo la boca para aspirar el vaho de los transeúntes.

—En el verano todo renace.

En el verano se vive.

—El verano es la manifestación vigorosa de la madre naturaleza—dicen los apologistas de la estación estival.

Y se dejan caer sobre el asiento sudando la gota gorda y abanicándose con lo primero que encuentran.

La verdad es que el verano en Madrid se pasa divinamente.

Sale uno por las mañanas y se va al Retiro, á respirar el aire embalsamado de las flores y las bicicletas; del Retiro á casa á «ponerse fresco», ó sea á quedarse en calzoncillos, y ya está la cosa arreglada.

Hay el inconveniente de que las habitaciones no suelen reunir grandes comodidades, por lo cual resulta que hace más calor en cualquier gabinete madrileño que en la Era del Mico; pero en cambio abre usted el balcón y se le cuele un airecillo cálido que da gusto.

Por fin, llega la hora de almorzar... ¡Santa palabra!

La tortilla viene echando demonios; el vino parece cocimiento de flores cordiales; el pescado sabe á cloruro, porque en la pescadería le han sometido á ciertos procedimientos químicos, á fin de evitar la putrefacción; las patatas... ¡oh! las patatas, ardientes de suyo, nos escaldan el gaznate.

Y á todo esto, empieza usted á almorzar medio vestido y acaba por despojarse, primero de la americana, después de la camisa, y después de la camiseta, hasta quedarse enseñando el seno á la familia.

—Pepa—dice usted á la criada,—no mires hacia aquí que estoy algo indecoroso, pero no lo puedo remediar... Abre un poco esa ventana, á ver si respiramos.

¡Horror! Por la ventana penetran las melodías de un joven músico que se pasa el verano á vueltas con la *Rapsodia húngara*, convertida por arte de aquel «pianófero» aborrecible en *pomada húngara* para el bigote: tal parece por lo pegajosa.

Además del joven músico, tenemos que soportar el olor á aceite frito que «emanan» las cocinas de la vecindad, gracias al sistema de ventilación que se usa aquí en el verano. Todos los balcones están abiertos y el ruido de los carruajes nos impide dormir la siesta. Las cocineras cantan, los organillos tocan, los perros ladran, aúllan los vendedores y nos enteramos, sin querer, de todo cuanto ocurre en las casas de la vecindad.

Frente á la nuestra, un matrimonio ventila á voces sus agravios domésticos. Ella le amenaza con la separación; él monta en cólera, y quiere herir con los zorros levantados á su fiel compañera.

—¡Infame!—grita la esposa.—¿Qué te ha hecho mi mamá para que le hayas tirado una zapatilla? ¿Por qué la quieres matar? ¿Porque te ha llamado *esgaltchao*? ¿Y qué? ¿Serás capaz de decir que estás en buenas carnes?

—¡Crispina, Crispinal—ruge el marido.—Ni á tu mamá ni á nadie permito que se me injurie.

—¡Verdugo! ¡Albacetereño!

—¡Crispina, no faltes á mi patria!

¿Quién duerme con unos vecinos así?

Ma voy á la alcoba del comedor, para librarme de aquellos gritos.

Pero en el comedor de la casa de enfrente otro matrimonio, con vistas al patio, se entrega en voz alta á las dulces expansiones del hogar.

—Vamos, Rufinito, ponte esta camiseta color rosa, dame ese gusto—dice ella.

¡Pero mujer! Si parezco una corista.

—Póntela, Rufinito, que te la he bordado yo á cadaneta

—No me la ponga, vamos.

—Póntela, rico mío.

Yo me veo en el caso de tener que decir al vecino con voz suplicante:

—Don Rufino, hágame usted el favor de ponerse la camiseta, á ver si podemos dormir la siesta los vecinos.

Entonces la esposa, mostrándome la prenda objeto de la discusión, exclama:

—Es muy caprichoso y se ha empeñado en decir que el color de rosa no le favorece. Mire usted qué camisa tan mona para andar por casa, y sin embargo, prefiere la camiseta.

¡Dios mío! Y aún hay quien dice que el verano se pasa en Madrid divinamente!

Las señoras andan por casa con bucles, camisa y abanico, los hombres parecemos tahoneros en traje de faena y huimos hasta del amor; los niños se arrojan de bruces sobre las baldosas y ponen la tripita en contacto con el suelo, buscando alivio á sus ardores...

Y las porteras sacan los trastos á la calle, interceptando la libre circulación y diciendo á los transeúntes con malos modos.

—¿No ve usted por dónde va, señor tío? ¡El demonio del hombre! ¡Pues no le ha plantado los dos pies encima á esta criatura!...

Luis Taboada.

SEPARACIÓN ETERNA

Juan era bueno y además creyente, y todas sus bondades eligieron con una admiración tan sorprendente que siempre que pudieron le enajenaron. Todo hombre bueno tiene la ventaja de que nunca en buenas relaciones y, cuando se le burla y se le ultraja, unas veces olvida, otras perdona. Y tiene otra ventaja, por contra, que no se vengaría, aunque sugiera. El pobre Juan, que amaba y que creía, del bien el rumbo sin temor seguía, soñaba sin cesar cosas hermosas, y le salían al revés las cosas.

Encontró una mujer en el camino, como era bueno, la tomó por buena y, limpia el alma y la intención serena, las llaves le entregó de su destino... ¡Cuántos sueños de amor y de ventura! Para el que adora el bien y el buen merecer, la bondad á las feas embellece. Y el pobre Juan, que en éstas profundo puso en la hermosa su mayor anhelo, soñó con ella recorrer el mundo y recorrer la eternidad del cielo.

Fue con él tan voluble, tan baidor, le hirió con tanta saña y de tal modo que, por aquella arpa encandilada,

perdió del bien la fe consoladora
y, menos de ella, renegó de todo.
Dejando el cielo, que estudió en los nidos,
Juan pensaba:—¡Si es mala, irá al infierno
y allí podremos vernos, siempre unidos!—
Y, por lograr ese consorcio eterno,
Juan cogió una mañana una pistola
y se dijo, muriendo en el pecado:
—¡Si tú al infierno vas, no irás tú sola,
y allí será mi amor recompensado!—

IV

Hablando con el diablo, Juan decía:
—¿Y Fulana?—¡Ha llegado.—¡Qué alegría!
¡Con ella, hasta al infierno me acomodo!
¡Déjeme usted pasar!—¡De ningún modo!
Puso en tu frente la inocencia un nimbo
como la luz del sol claro y eterno.
¡Ella, como fué mala, irá al infierno!
¡Tú, como fuiste tonto, irás al limbo!

Ricardo J. Catarineu.

REBANADURAS

I

EN EL ABANICO DE MARIA... X

Estará en tu abanico
la firma mia
como si la cayese
la lotería,
pues aunque no merece
premios apenas,
¡ay, qué aproximaciones
tendrá tan buenas!

II

EN OTRO ABANICO

Al poner estas letras
en tu abanico,
¡no sabes con qué envidia
te las dedico!
Porque al abanicarte
serán felices,
haciéndote cosquillas
en las narices.

III

DIÁLOGO DE PLAZUELA

—Buenos días, Eduvigis.
—Hola, Inés. ¿Te has colocado?
—¡Hace un mes que estoy sirviendo
en casa de un operario.
—¡Qué ordinario! Pues yo sirvo
al conde de Vienteamargo.
¿V la... operaria? ¿es desobediente?
—Lo que ella tiene es un garbo...
como que antes era triple;
pero le salió hace un año
un *pólipo miserere*
en la nariz, y ha quedado
más gangosa que las monjas
del convento de San Plácido.
—Y tu señorito, ¿qué hace?
—Cantar óperas.

—¡Canastos!
Entonces no es lo que has dicho.
—¿Cómo que no?

—Pues es claro.
—¿Cómo se llama el que escribe?
—¡Toma! Escritor... ó escribano.
—Pues el que canta las óperas
debe llamarse operario.
—Tienes razón. ¡Si tú sabes!...
—¿Que si sé?... ¡Más que el Petrarco!

IV

VOLUBILIDAD SENSIBLE

(En el álbum de E. F.)

Cuando eras una chiquilla
me presentabas la cara
para que yo te besara
en medio de la mejilla.
Y ahora que paso un buen rato
si contemplo tu palmito,
te voy á dar un besito...
¡y me haces fu, como el gato!
Con tu inconstancia ¡oh mujer!
á los demonios me doy.
¿Por qué no me has de hacer hoy
lo que me hacías ayer?

V

DECEPCIÓN

Ozores dejó en Sorrealto
á su esposa Inés Pelayo
para venir, muy contento,
á ver las fiestas de Mayo
que anunció el ayuntamiento.
Y allá no tardó en volver,
pues así que empezó á ver
las fiestas el buen Ozores,
dijo:—¡Bah! ¡Cuánto mejores
son las que hace mi mujer!

Juan Pérez Zúñiga.

MENUDECIA

Una mujer hermosa
vale, lector amigo, cualquier cosa,
y si además de hermosa es... desahogada...
¡no le digo á usted nada!

Federico Canalejas.

Los peritos.



—No hay más que verlo. ¡La mancha es de sangre humana indudablemente!



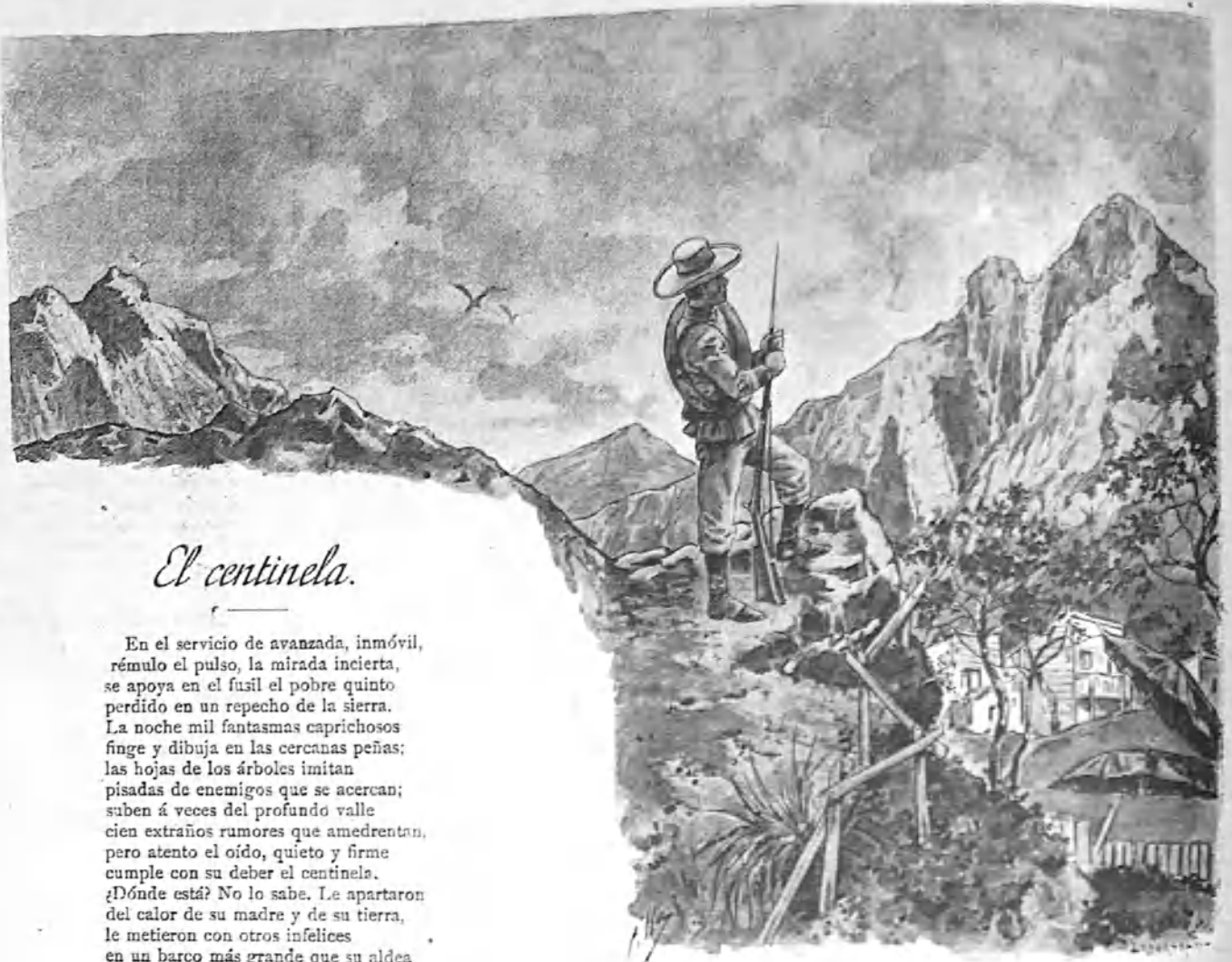
—No cabe duda. El sabor es de chocolate. Y de lo bueno.



—Se puede jurar que es de vino. ¡Huele todavía!



— El gato y yo estamos en el secreto...



El centinela.

En el servicio de avanzada, inmóvil,
 rémulo el pulso, la mirada incierta,
 se apoya en el fusil el pobre quinto
 perdido en un repecho de la sierra.
 La noche mil fantasmas caprichosos
 finge y dibuja en las cercanas peñas;
 las hojas de los árboles imitan
 pisadas de enemigos que se acercan;
 suben á veces del profundo valle
 cien extraños ruidos que amedrentan,
 pero atento el oído, quieto y firme
 cumple con su deber el centinela.
 ¿Dónde está? No lo sabe. Le apartaron
 del calor de su madre y de su tierra,
 le metieron con otros infelices
 en un barco más grande que su aldea
 y quedó separado por algunos
 centenares de leguas
 de todos los amores de su vida,
 que tal vez ni le nombran ni le rezan...
 El sí se acuerda entonces de su patria,
 que tan lejos le envía á defenderla,
 y á su pobre casuca,
 mientras vigila, el pensamiento lleva.
 Tras la abrupta montaña
 que en la negrura el horizonte cierra
 se escuchan los rugidos poderosos
 del Océano que le aparta de ella.
 Las mismas olas que las rocas baten
 y el resoplido del titán semejan
 vienen de allá, de las queridas costas,
 y efluvios traen de las amadas selvas.
 Acaso á aquellas horas, en su pueblo,



en derredor de la amplia chimenea
 hacen los viejos, cerca de la lumbre,
 augurios de la próxima cosecha,
 duermen en los escaños los chiquillos,
 las mozas hilan y los mozos juegan.
 Nadie se acuerda de él... ¡está tan lejos!
 No se sabe siquiera
 ni á qué obedece la sangrienta lucha,
 ni dónde *cae* el sitio en que se encuentra.

.....
 Y empieza á clarear. Y poco á poco
 el día que alborea
 recorta en el azul del horizonte
 los empinados picos de la sierra.
 Dibújase en el valle el caserío,
 se destaca el verdor de la arboleda
 y allá en la lejanía el monte virgen
 surge de pronto como mancha negra.
 Por extraño capricho del ensueño
 ve el soldado su aldea
 que á los primeros besos de la aurora
 sacudiendo el sopor se despena.
 Oye los esquilonos del ganado
 que en los callejos tortuosos suenan,
 ve las garridas mozas que á la fuente
 se van con la *ferrada* á la cabeza,
 y escucha las canciones
 quejumbrosas y tiernas
 de los otros gañanes sus amigos,
 que las yuntas disponen y aparejan...

Se le olvidan al quinto,
 con la ilusión, sus ansias y sus penas
 y se cree transportado á las campiñas
 que con sudor los labradores riegan
 en la tranquila paz, y se le antojan
 morral de la merienda
 la cartuchera llena de cartuchos
 y la culata del fusil esteva...
 Pero brilla de pronto un fogonazo
 del monte en la ladera;
 sale esplendente el sol, silban las balas,
 los últimos jirones de la niebla
 se llevan las doradas ilusiones...
 y da principio la función de guerra.

Sinesio Delgado.

Los amores de Alfredo.



El primero, naturalmente.



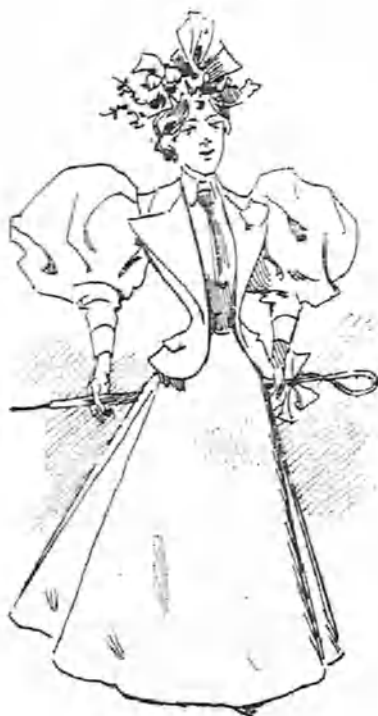
El que le llegó al alma.



El que le abrió los ojos.



El de un mal cuarto de hora.



El que él sostiene.



El que le sostiene á él.

Palique.

Una prueba de que en este país no se da á las letras la importancia que tienen nos la presenta un periódico de mucha circulación, que mantiene entre sus redactores á personas que demuestran, cada día que escriben, la más absoluta ignorancia, y sin embargo escriben de crítica literaria y de artes.

Para prescindir de un colaborador ¿no es motivo suficiente la evidencia de que no ha leído nada, de que no sabe nada, de que no conoce siquiera los rudimentos de la gramática?

El Sr. Arimón, por ejemplo, permanece en su puesto porque le protegen los que pagan su periódico; pero el director ¿no tiene autoridad para deshacerse de un redactor que pone en ridículo á toda la casa cada vez que coge la pluma?

«A un disparate tenemos que lamentar otro disparate», dice Arimón, y sigue cobrando (supongo yo).

Se mete á dómíne, y me corrige á mí, porque uso el pretérito indefinido cuando se trata de una acción que subsiste, es decir, cuando lo pide la gramática.

Y me corrige porque digo que: «se supone que por aquellos

días se está metiendo la yerba», y piensa que ésta es oración de verbo reflexivo, y se ríe porque la yerba no se puede meter á sí misma. Es decir, que no sabe cuáles son las formas del verbo pasivo. Y la mete él.

De doce ó catorce gazapos que pretende cazar en un artículo mío ni uno sólo es gazapo, como he demostrado en otra parte, y tiene que cogerse á una *a* que debía ser *o*, y no lo es por culpa de los cajistas.

Y el tal Arimón, en cuanto se sale de las casillas de los lugares comunes, de las frases hechas, no da pie con bola; y llama párrafos á las cláusulas, y habla del *curso* de la oración, cuando se trata de varias oraciones; y encuentra anfibologías donde se observa exactamente la ley gramatical que sirve para evitar ese defecto.

Pero ¿qué importa la ignorancia, la mala fe, mientras hay la confianza de la corona?

Ya hemos llegado al caso que suponía el marqués de Riscal cuando criticaba las fórmulas periodísticas de «nuestro querido amigo», «nuestro apreciable compañero», etc., etc., y decía:

—Vamos á ver, si llega de Valencia un primo de un redactor, ¿van ustedes á decir en el periódico: «De Valencia ha llegado nuestro querido primo D. Fulano de Tal?»

Pues Arimón es crítico de un periódico importante por eso, porque es primo, digámolo así, del doctor Pulido ó de Bremón.

Y á propósito de Bremón.

Este señor, que, por supuesto, comparado con Arimón es un águila caudal, tiene teorías peregrinas en materia de crítica literaria.

Hace tiempo nos decía que él opinaba que se debía juzgar á los escritores después de muertos si había que decir algo malo de ellos, porque así se les ahorra el disgusto de enterarse.

Claro, y el que murmura del difunto se ahorra varios disgustos, que puede darle el vivo, y el muerto no.

Si Arimón hubiese observado respecto de mí la conducta que Bremón recomienda, sería hoy menos conocido, pero viviría más tranquilamente. Como se ve, la teoría de Bremón no es nueva; es, en prosa, la que en verso expresaba la lechuza de Iriarte:

«Lámpara, ¡con qué deleite
te chupara yo el aceite,
si tu luz no me ofendiera!»

Ahora Bremón ha descubierto otra cosa: que el público es el único crítico, el que juzga las obras literarias; y que los escritores dedicados á la crítica deben limitarse á dar cuenta de la aparición de los libros.

¿Qué deja para los catálogos de las casas editoriales?

¿De modo que un crítico sería perfecto si saliera por ahí con un cartel de anuncios en un estandarte?

Y podría haber críticos *iluminados* para anunciar obras nuevas por la noche.

¿Qué anarquía de ideas es ésta?

¿Cómo una persona formal, escritor público hace cuarenta ó cincuenta años, se atreve á descolgarse á estas alturas con semejante teoría de la crítica?

Crítico, el público; los críticos cumplen con anunciar las obras.

Si Bremón está cansado de dar bombos á los libros recomendados y de olvidar ó zaherir á los escritores que tiene por enemigos, dígalo con franqueza; inhibase en buen hora: pero sin dejar ese rastro de teorías absurdas.

Si todos los críticos fueran como Arimón, estaría bien la teoría de Bremón, su protector y ninfa Egeria.

Lo del crítico anuncio sería verdad entonces, porque también lo sería esto:

«Un crítico es una esquina.»

He recibido una carta, suscrita por varios artesanos, que firman con toda su firma, y además nombran el oficio de cada cual. Escriben con gran modestia y sencillez, y como creo que se trata de cosa auténtica, y se me nombra *abogado* de una causa, me parece que debo contestar á esos señores.

Es el caso que esos honrados industriales se quejan de que López Silva escriba sus famosos diálogos populares en la forma en que los escribe. Mis corresponsales creen en las bromas poéticas del festivo escritor ofensas para toda una clase social. Y dicen eso, que me nombran á mí abogado en este asunto.

Aunque agradezco infinito á los simpáticos compañeros que me escriben (yo también soy obrero, y á mucha honra) la confianza que en mí ponen, la nobleza me obliga á renunciar el cargo... por la sencilla razón de que soy abogado de la parte contraria.

Desde mucho antes de hacerse célebres los diálogos cómicos de López Silva, me había yo fijado en ellos y se los elogiaba á Sinesio Delgado, que no me dejará mentir (se suplica una nota de la Dirección) (1). Pocos entusiastas como yo tendrá el ingenio de López Silva.

Mas, á pesar de esto, si yo creyese que el propósito de este escritor era burlarse de toda una clase social, ó que pretendía pintar la *realidad general* en el pueblo, cuando pinta hombres sin vergüenza y mujeres perdidas, desde luego me pondría de parte de mis corresponsales, que son dos estuquistas, un tapicero, un albañil, un relojero y un cerrajero.

Cuanto más viejo me hago, más amigo soy del pueblo, no por sacar partido de ello en política ni en literatura, sino porque así me *sale de dentro*; y si López Silva tuviera las intenciones que se le atribuyen, sería para mí un monstruo de crueldad, y sus sarcasmos crímenes; siempre sería un hombre ingenioso, pero criminal en tal caso.

Afortunadamente, no hay tal cosa, mis dignos corresponsales; y así como no hay que pensar que Cervantes se quiso burlar de las grandes cosas ideales que D. Quijote defendía, tampoco se debe creer que López Silva se burla del pueblo al darnos en sus cuadros el gracioso bosquejo de cierto aspecto cómico de la vida social en una clase determinada y según ésta es en un pueblo, el madrileño.

Resumen: yo sería abogado de la causa que se me fia si

(1) Efectivamente así es, y tengo las pruebas.—S. D.

López Silva fuera el reo que se me quiere hacer ver; pero como López Silva es inocente, y saludísimo poeta cómico y satírico, no admito el encargo; y suplico con toda sinceridad á mis apreciables corresponsales que se reconcilien con quien, muy honradamente, ha ganado fama bien merecida.

Elarín.

ACTUALIDADES



— Así es como se va á Deter si bastan en San Sebastián este verano. ¡Juego dirán que la humanidad no progresa! (Pues ya quisiera yo ver la cara que poblan, al enterarse, mis Doctores antepedagógicos)

¡Mi panadizo!

Me tendras que perdonar, mi querido director, pero no puedo mandar las copitas de rigor.

y si no te las escribo, no es que no me dé la gana otro ha sido ¡ay! el motivo que he tenido esta semana.

Me pinché no sé con qué en el dedo corazón, y allí donde me pinché me *salió* una inflamación.

La curé, no se desahío, que es lo que iba yo buscando, y se me hizo un panadizo que me está martirizando.

Y es claro, qué voy á hacer si como voy á cumplir á no pueda sendos la pluma que ha de escribir?

El motivo te señalo, como ves, muy convincente; pero no es esa la mala, ¡pala! lo malo es lo siguiente:

Bosmando alivia al dolor tan insoportable y cruel, me fué á ver á un doctor de la calle del Clavel.

Sabó el hombre muy formal y dijo, apénas le dí:

— ¡Dio diñelo tiene usté el mal!

Y yo dije:— ¡Pues aquí!

Y porque le presenté sólo el dedo corazón, ¿qué dirás que dijo? ¿Que? Pues se puso hecho un león, exclamando muy furioso: — ¡Desvergonzado! ¡Insolente! ¡Es usted un indecoroso! ¡Váyase inmediatamente! — ¡Pero hombre, esto es un abuso! — ¡Váyase ó hará que estalle... Y sin más ni más me puso de patitas en la calle. Desde allí me fui á ver á otro doctor, don Darío, que es un hombre de valer y además paisano mío, y le dije: — ¡Esto me pasal! He estado á ver á Salcedo, y me ha echado de su casa porque le he enseñado el dedo!

— ¡Y cómo fué? — ¡Pues así! (Y le mostré el panadizo.) Pero también conocí la poca gracia que le hizo, porque entre bromas y veras, sin barullo ni cuestión, me planté en las escaleras y cerré la habitación. Y aquí me tienes sumido en un mar de confusiones, sin haber aún comprendido cuál fueron las razones. ¿Será grave mi dolencia? ¡De pensarlo me horrorizo! ¿No sabrá curar la ciencia ni siquiera un panadizo?... Y si no es así, ¿por qué me arman todos discusión? ¡Ay, Dios mío! ¿Qué tendré en el dedo corazón!

Fracto Gráycz.

On bombito más.

MI QUERIDO AMIGO D. MANUEL COMPAÑY

Recibí su invitación, visité la exposición y quedé maravillado del lujo en el decorado de la nueva instalación. Rico museo parece y justo elogio merece. ¡Bustos que nadie conoce! ¡Sillones del siglo doce! ¡Tapices del siglo trece!

¡Alfanes de Mustafa! ¡Lanzas de Muley Ali! ¡Garnias de Ali Pachá! ¡Cornucopias por allí y vitrinas por allá! ¡Vargueños nada baratos! ¡Espejos de cuerpo entero! ¡Jarrones, ánforas, platos!... ¡Pero es que haciendo retratos se gana tanto dinero!

Dígame, por favor, porque el oficio de autor presenta muy mal cariz y prefiero el de aprendiz de oficial relocator.

Ya hice copias expresivas con mi pluma mala ó buena, y en derrotas sucesivas obtuve sobre la escena más de cuatro negativas.

La pluma quiero tirar, porque ese lujo excesivo me ha venido á revelar que el arte de retratar es mucho más positivo.

La escénica producción camina á su reducción; la cosa se pone mal, y hay que hacer la ampliación del ingreso general.

Su habilidad, que es bien rara, gran porvenir le prepara y, sin que el gasto le importe, se queda usted con la cara y el dinero de la corte.

En su escaparate vi cuanto hay de notable aquí, y que me despida quiero

de Chiteca, de Caballero, de Bretón y de Chapt.

Al Nuncio, que está al entrar, y parece que va á hablar, dígame que, si me atrevo, en cuanto ocurra algo nuevo se lo tendré que contar.

Y por si á verlas no acudo, á las tiple que presiden todo ese concierto mudo encárgueles que se cuiden mucho del registro agudo.

Si ve mi fotografía, que en un rinconcito está, dígame por cuenta mía que con esta poesia reclamo no me la da.

Que guarde la inspiración para tanta producción como á diario nos endosa, y otra vez que escriba en prosa los bombos de instalación.

Este anuncio comercial es más franco y oportuno: ¡Compañy! ¡Casa especial! ¡Visitación, número uno! ¡Veintinueve, Fuencarral!

José Jackson Veyán.

Los días que no salgo, lo más corriente es que me quede en casa completamente. Pero me pasa que los días que salgo no estoy en casa.

C. G.

ESPAÑA CÓMICA.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Quirico.—¿Que cuándo puede usted venir á cobrar lo que sea? ¡Rediez! Pues si se pagara eso, estaba resuelta la crisis obrera.

Fine dohle.—Hombre... no abundan tanto esos matrimonios «fin de siglo» que sea preciso fustigarlos con la sátira.

El caballero de la Tenaza.—Está muy oscura la idea, á consecuencia de los retorcimientos y violencias de la forma.

Uno del montón.—Se aprovecha una menudencia. ¡Del lobo un pelo!

Sr. D. D. A.—¡Dios mío! Si cuesta trabajo encontrar un octosílabo... y quieren serlo todos.

Sr. D. M. R.—Fíjese usted:

«Darles consuelo á esas tristes mujeres
que sollozando á mares se desesperan
despidiéndose de los queridos seres
que dentro de una caja les encierran.»

Ni se puede sollozar á mares, ni esos versos son endecasílabos, ni *desesperan* y *encierran* son consonantes en verano, ni... en fin, así no se puede empezar ningún soneto que sea viable.

Sr. D. J. F.—Son efectivamente de estudiante. Pero de estudiante cándido y sencillo que no dice nada nuevo absolutamente.

Sr. D. F. A.—Escribe usted demasiado y eso le perjudica. *Comprímase* usted, y piense y lime más las cosas.

Sr. D. J. C. R.—¡Ay! también es muy malo el soneto. Cuando estudie usted retórica lo comprenderá inmediatamente.

Floridor.—Ha escrito usted una cosa demasiado candorosa.

Un músico.—El caso es que para cultivar el género de López Silva no basta usar en el diálogo unas cuantas muletillas chulescas. Han de pintarse caracteres además, y ha de tener gracia el asunto, etc., etc.

Sr. D. M. P.—No se sabe si ha querido usted hacer romance, ó cantares, ó redondillas... porque andan los consonantes manga por hombro. Y el cuento es sosico y viejo de veras.

Sidi-Mous-Brisca.—¡Aprieta, constipado! ¡Qué barbaridad!

Pedro Recio de Virteafuera.—El asunto es demasiado inocente, la forma es endeble de suyo y... no use usted nunca pie quebrada de cinco sílabas entre los versos octosílabos, porque todo lo que sea pasar de cuatro es echar á perder el ritmo.

Sr. D. F. C. G.—Es una imitación de la carta del *Tren expreso*, de Campoamor, que no está mal hecha del todo; pero no es de la índole del periódico, porque ¡ay! aquí no encaja bien lo franca y decididamente romántico.

Soleá.—¡Ay, soledá, soledá,
soledá churripandí!
¡Tu epigrama, camará,
hace años que lo escribí!

Sr. D. R. P. F.—No puede ser más pedestre el romance.

Sr. D. P. P.—Sirve para usted, de cabo á rabo, la contestación á un músico.

Sr. D. M. A.—No, señor; por desdicha fiera no sirve ninguna de las tres.

Sr. D. E. M.—Lo mismo digo, también por desdicha fiera, porque precisamente hoy no hacen falta *menudencias*, ó *quisicoras*.

Uno de la perra.—Choque usted, colega, eso es verdaderamente gracioso. Pero usted comprenderá...

Petit trovateur.—«Señorita, usted es bonita,
¿cómo yo lo he de dudar?
tan bonita, señorita,
que el corazón me palpita
sin poderlo remediar.»

Esa versificación fácil y fluida la hemos usado todos de pequeños. En la primera época del *MADRID CÓMICO* hay un *carro* de composiciones igualitas á ésa. Ahora ya van cayendo en desuso por su misma facilidad precisamente.

Tabardillo.—De mal gusto el final, y con un ambiente de *localidad* que no importaría un rábano á los demás lectores de la Península.

BIBLIOTECA DEL «MADRID CÓMICO»

FÁBULAS Y CUENTOS

POR JOSÉ ESTREMEIRA

Precio, 2 pesetas.

PÓLVORA SOLA

POR SINESIO DELGADO, DIBUJOS DE CILLA

Precio, 3 pesetas.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE CINCUENTA CARTULINAS ENCUADERNADO EN TELA

Precio, 25 pesetas.

GUASA VIVA

POR J. PÉREZ ZÚRIGA, DIBUJOS DE CILLA, MECACHIS Y GROS

Precio, 3 pesetas.

MIGAJAS

POR J. LÓPEZ SILVA

Precio, 2 pesetas.

TITIRIMUNDI

POR LUIS TABOADA, DIBUJOS DE CILLA

Precio, 3 20 pesetas.

ALMENDRAS AMARGAS

POR SINESIO DELGADO, DIBUJOS DE CILLA

Precio, 3 pesetas

LOS BARRIOS BAJOS

POR J. LÓPEZ SILVA

SEGUNDA EDICIÓN

Precio, 3,20 pesetas.

COSQUILLAS

POR JUAN PÉREZ ZÚRIGA

Precio, 3 pesetas.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPOSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS

JIMÉNEZ Y LAMOTHE

MÁLAGA - XANXANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambrey, calle Rivadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID, 1905.—IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado.—Teléfono núm. 984.